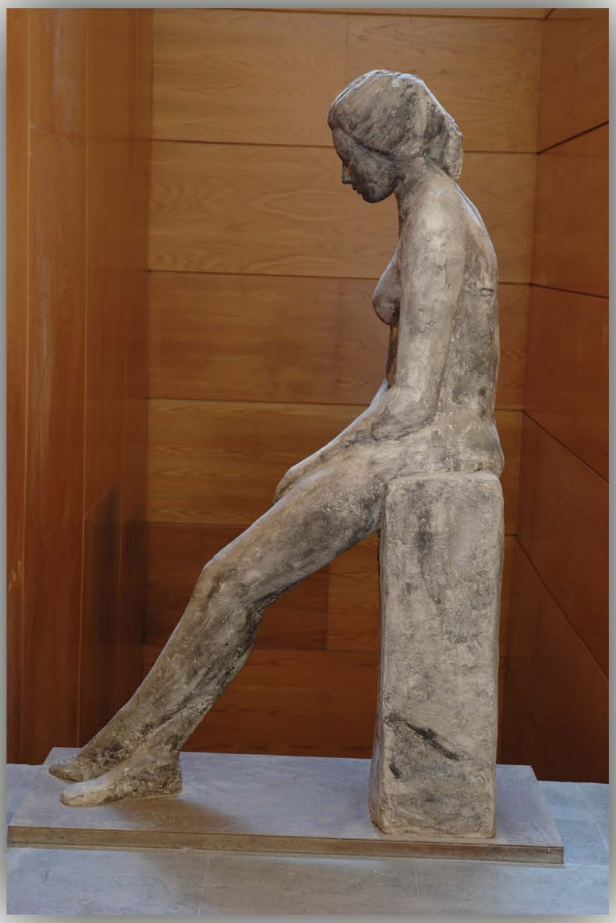
UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

COMO SI SE ME HUBIESEN OLVIDADO LAS LLAVES

Mónica Belda Copado



DIPLOMA 2016

COMO SI SE ME HUBIESEN OLVIDADO LAS LLAVES

MónicaBC

Como si se me hubiesen olvidado las llaves.

¡Ring, ring! ¡Ring, ring! Suena el despertador.

Son las seis y media de la mañana de un lunes. Odio los lunes. ¿Lunes?, creo que es martes. Bueno, también odio los martes. No he terminado de abrir los ojos y ya estoy pensando en que el día va a ser duro, y no por nada, sino porque es día de clase, y así hasta el viernes. Y lo gracioso es que en mi cabeza, en mi vida, parece que la semana transcurre de la siguiente manera: Luuuuuuuunes, maaaaaaartes, miéééééééércoles, jueeeeeeeeeves, viernessábadodomingo. ¿Es sólo a mí? O por el contrario, ¿le pasa a más gente? Mi nombre es Miguel, y soy estudiante de primero del grado en Derecho. Primero, sí, soy del curso de los principiantes, de ese curso al cual los alumnos de cursos superiores miran como pensando: “Pobrecitos, en dónde se han metido”. Aunque bueno, para mi desgracia, resulta que llevo dos años en primero… dos no van a clase si uno no quiere (o eso parecía ser el pan de muchos días el curso anterior en mi clase). No se equivocan, es una carrera dura, donde no dejan de reformar leyes y te explota la cabeza; y, bueno, la cartera, porque los Códigos no son baratos, pero todo hay que tomárselo con filosofía, filosofía del derecho. El día que llegue a esa asignatura podré considerarme un guerrero. Pero bueno, nadie dijo que fuera fácil, pero aún así es apasionante. Comienzas a relacionar la vida con tu estudio, y te das cuenta de que en realidad todo lo que vives al día es derecho. Como cuando se te cae el móvil, o un bolígrafo, o peor, una moneda de dos euros por ese hueco entre el asiento del coche y la palanca de cambios: vacío legal. Un verdadero vacío legal. Un agujero negro.

6:50 AM. Ducha, vestimenta, desayuno. Ducha de diez minutos para espabilar. Vestimenta… pues lo primero que engancho en el armario. Aún no soy juez (pretendo ser juez, sueño con ser juez), así que aún puedo ponerme mis vaqueros, las playeras más cómodas que tenga, una camiseta y un jersey. ¿Voy bien así? No. Pero, bueno, por un día... Y en cuanto al desayuno, para qué mentir, no me da tiempo, ya me tomaré un café en la cafetería como cada mañana. Ahora me toca organizar lo que tengo que llevarme a clase. Si tengo Administrativo la primera toca cargar con el manual, la Ley

30/1992 y la Constitución. Ah, no, espera, que la Ley se reformó. Y me explota la cabeza. Dirijo mi mano, la cual en un principio estaba posada en dicha Ley y la desplazo un poco más a la izquierda sobre mi escritorio. Ahora son dos leyes distintas. Y si después tengo Derecho Penal I… pues el Código Penal (que también ha sido reformado, alegrías para el cuerpo).

Venga, vamos, que voy a llegar tarde, lo cual no sería raro tampoco. Sobre todo cuando tienes 20 años, sin ingresos y el coche del que dispones para moverte a la facultad tiene más años que la Constitución y consume gasolina como nuestros cerebros absorben el café. Porque esa es otra, para ser personas los pre-juristas no necesitamos oxígeno, necesitamos café en vena. Pero no un café cortito, ni un café con leche; sino un café leche y leche largo, y que no se pierdan las buenas costumbres.

Ya me dispongo a subirme al coche, dejando en el asiento del copiloto la carpeta, esa que te regala la Universidad cuando te matriculas (que podrá sonar a chiste, pero yo creo que es lo que más ansiamos los alumnos cuando nos matriculamos, descubrir qué nuevo diseño tendrá la carpeta, e ir corriendo a entregar la matrícula, como una garantía que te dice: ya eres universitario), la maleta cargada de códigos y subrayadores sobresaliendo por la cremallera. De todos los formatos, tamaños, marcas y colores. Que no falten. Pero decir que no falten es como en época de exámenes. Y es que los diez euros, veinte euros que tus padres te dejan a la semana para subsistir se convierten en cafés y subrayadores, los cuales van desapareciendo (como los bolígrafos Bic, un misterio aún sin resolver) o se van gastando incansablemente. Yo ya he optado por usar rotuladores finos de colores, mi escaso capital no da para subrayar tanto. Y, bueno, siguiendo por donde iba. Saco las llaves del contacto del bolsillo delantero de la mochila y… no puede ser. Vacío legal, agujero negro. Empiezo bien el día. Intento meter mi mano por el agujerito y, menos mal, el llavero me salva de ser víctima de una trágica imprudencia. Porque, obviamente, aunque desee quedarme durmiendo en casa, no voy a perder las llaves dolosamente, que a ver qué le explico a mis padres después. Historias para no dormir. Al caso… que caso resuelto. El llavero, que es un mazo de juez al estilo americano, todo sea dicho, me salva el día. Todo es el destino, el derecho me salva.

Por fin llego a la Universidad, pero ahora toca sufrir la historia de siempre. A ver dónde aparco, porque el parking que está al lado de la facultad suele rebosar de coches y si no tienes la fuerza de voluntad de levantarte el día anterior para aparcar al día siguiente… solo te queda rezar. Pero mira tú

por dónde, hoy debe ser mi día de suerte porque tras dar tan solo quince vueltas un coche está saliendo. Atendiendo al dato de que son las ocho menos veinte de la mañana caben varias posibilidades: que el conductor del coche que abandona la plaza se haya arrepentido de ir a clase, lo cual me parece… ¿absurdo? Ir para volver; que solo tuviese una clase que empezase a las ocho y le llega la buena nueva de que el profesor no acudirá, por lo cual no pierde tiempo y decide irse a dormir antes que pasar frío dentro del Campus (otro dato a destacar, y es que la Universidad posee su propio microclima: en verano por las mañanas pareces un esquimal, llegan las doce del mediodía y solo deseas activar los apagafuegos del techo para no ahogarte del calor, y, bueno, en invierno… tienes suerte si llevas una bola de hierro atada a los pies para no salir volando); y otra de las posibilidades sea que… ha quedado en otro lugar con alguna persona, aunque esa puede quedar descartada. Los pre-juristas somos personas solitarias. Sin sentimientos, de esos que deseamos que los jóvenes se emparejen en San Valentín, al fin y al cabo son los divorcios del futuro (humor malo).

Por fin llego a la cafetería y como cada mañana buenas costumbres: “Leche y leche largo por favor”. Café que parece haber sido sacado de las fraguas del infierno. Madre mía cómo quema. Delito de lesiones (humor malo otra vez). Aunque para ser realistas, un buen café revive a cualquier zombi, entendiendo por zombi según la Ley del Estudiante (Ley inexistente empíricamente, pero sí existente en mi mente y en la de cada uno de mis compañeros): “Cualquier alumno o alumna en posición de estudiante del grado en Derecho, sin perjuicio de encontrarse o no en época de exámenes”. Es gracioso, porque estudio derecho y creo fielmente en los derechos fundamentales, menos cuando te presentas a un examen. Sí, esos exámenes en los que precisamente te dejas la mitad de tus derechos fundamentales. Me parece que estoy dejando claro mi toque humorístico, ¿verdad?

La primera clase transcurre con normalidad, dentro de lo que cabe entender por normalidad a las ocho y diez y de la mañana, con ojeras cual mapache y teniendo Administrativo I por segundo año consecutivo. Es como vivir un *deja vú,* o como esos sueños de los que no despiertas sino que se repiten una y otra vez, como en un bucle. Sobre todo cuando durante la misma clase te sucede alrededor de treinta veces que ya sabes la respuesta a las preguntas lanzadas al aire por el profesor y en tu interior te preguntas: “¿En serio tengo suspendida esta asignatura?”. Pues sí. Al final va a ser verdad que un jurista nunca deja de estudiar, por las buenas o por las malas.

Tras casi dos largas horas hablando de reglamentos (y alguna otra cosa más, la cual no entendí porque mi cerebro desconectó a los 55 minutos –según estudios la atención pierde efectividad tras ese período de tiempo-), por fin un descanso. Bueno, “descanso”. Y es que me gustaría haber aprovechado para ir a la cafetería a tomarme un café (aunque pueda sorprender nuestras vidas pueden llegar a convertirse en eso: mitad café, mitad ley), pero desgraciadamente no me da tiempo ni a llegar a la puerta, puesto que el profesor de Penal I entra por la clase como un rayo. Y, claro, me gusta demasiado esta asignatura como para no asistir. De hecho, pienso que el estudiante de derecho al que no le gusta la asignatura de derecho penal es un impostor, un fraude… fraude de ley, sí, eso era lo otro que habíamos dado en Administrativo I. Al caso, que al que no le guste… que no lo diga muy alto. Podrían mirarle como un infiltrado en la carrera, y no creo que le sea de mucho gusto sentir cientos de pares de ojos observando cada uno de sus movimientos, estudiando su próxima actuación. Somos como espías en proceso de iniciación, pero preferimos creernos Sherlok Holmes y exagerar las cosas, para luego contarlas a nuestros amigos de fuera de la facultad y que piensen: “¡Guau! ¡Tu carrera es como esas pelis del CSI!” Y no amigos, no lo es. Nuestra carrera es como un reloj con sus 24 horas. Desde las seis de la mañana que uno se levanta hasta la una de la tarde (con suerte) que salimos de clases somos “Ley”, desde que salimos de clase hasta después de comer somos “Humanos”, siempre y cuando se pueda claro, porque basta con ir a clase todos los días que tendrás los deberes de siempre: cuatro prácticas que entregar, una sentencia que leer, dos exposiciones que preparar y con suerte nada más; a no ser que te marquen un examen parcial, de esos con los que dices adiós a tus derechos fundamentales, pero basta con faltar a uno y, además de tener cuatro prácticas que entregar, una sentencia que leer, y dos exposiciones que preparar, debes encontrar restos de un ancestro fósil, desactivar un reactor nuclear, analizar la piedra filosofal y probablemente preparar una entrevista con algún emperador romano, por eso del Derecho Romano. Cosas cotidianas. Siguiendo con el reloj jurista, desde después de comer (supongamos las tres de la tarde) hasta las doce de la noche, una de la madrugada, dos de la madrugada, somos “Ley” de nuevo. ¿Cuál es el fallo de esta sentencia del Tribunal del Estudiante Pre-Jurista entonces? Que las únicas horas de descanso, de disfrutar de la vida, las pasamos durmiendo. Y así día tras día.

Vale. No. Voy a ser realista. Ningún estudiante de derecho pasa así sus días. Suele ser que llegan las dos semanas antes del examen y nos ponemos a estudiar, hasta que llega un punto en que empezamos a descartar temas que, a nuestro criterio, no van a caer. Y todo porque sabemos

perfectamente que no nos va a dar tiempo de estudiarlo todo, y así una y otra vez, y no aprendemos. Directos al matadero.

“Oye, ¿vamos un rato a la cafetería y luego entramos?”. Qué pregunta más mala que acaban de formularme. Es como… ese acto jurídico unilateral que, siendo aceptado y concurriendo sobre un objeto (café) y sobre una causa (descanso), determina la perfección de un contrato que no se puede refutar. O dicho en otras palabras: una oferta que no puedo rechazar. Así que actúo como esas personas que van por la calle y de pronto se dan cuenta de que se han equivocado de dirección, y para que nadie más se percate de su equivocación absurda, se paran en mitad de la calle, se tocan los bolsillos ansiosamente, como si se le hubiesen olvidado las llaves, y se dan la vuelta, como si nadie supiese que en realidad ni llaves ni olvidos.

Vamos.

“Leche y leche largo por favor”.

Ya es como un ritual, no hay estancia en cafetería sin ese café. En realidad me siento mal por haber faltado a clase, pero lo necesitaba. Anoche me quedé hasta las tantas de la mañana realizando unas actividades que tendré que subir esta tarde a más tardar al Aula Virtual de mi curso, y creo que se me podría entender solo con mirarme a la cara, y es que mis ojeras últimamente tienen una libertad de expresión muy bien recalcada.

Por fin he terminado por hoy las clases, aunque me haya saltado media hora de Penal I, y gracias a alguna energía cósmica el profesor no había pasado lista todavía cuando llegué. El pasar lista en una clase para los alumnos es como esa sensación de adrenalina el día que decides no ir porque estás cansado o simplemente porque no tienes ganas, la cual podría ser proporcional a la que te ciega cuando te das cuenta de que tienes que entregar una práctica ese mismo día y la haces media hora antes, apretando dientes y dejándote los tendones de la mano escribiendo en algún universo paralelo a este. Uno no es realmente universitario si no conoce esa sensación de subidón.

Encima acabo de acordarme que había quedado para ir a estudiar a la facultad de Arquitectura después de clase. Es decir: dispongo de media hora para comer algo rápido en la cafetería, lo cual se traduce en una coca cola y en un bocadillo de tortilla con ali-oli. Sufro de cierta adicción al ali-oli, la cual aumenta cuando se mezcla con tortilla. Por tanto, me dispongo a bajar a la cafetería y para variar

no hay sitio para sentarme, y lo peor de todo no es que sea porque los alumnos allí presentes vayan a comer, ¡qué va! Lo peor es que se adueñan de las mesas para jugar a las cartas, más concretamente a la ronda, y para fumar cigarros uno tras otro, uno tras otro. Mi derecho a alimentarme ha quedado reducido, limitado, aunque para que mentir, yo también juego a las cartas, y más a la ronda, y también me fumo algún cigarrillo muy de vez en cuando si he salido de algún examen o cuando salgo de clase y me doy cuenta de todo lo que tengo que hacer ese día, fijando la vista a algún horizonte, como mirando la vida pasar.

Lo peor de todo no es no poder comer sentado, sino el no poder echarte una siesta como Dios manda, a la buena costumbre española y tener que quedarte en el campus para seguir estudiando. Aunque, bueno, esto no lo hago todos los días, lo hago de vez en cuando para tampoco dejarme ir, o eso intento, porque a veces, por mucho que quiera pueden pasar dos semanas siendo el único propósito de las tardes sentarme a estudiar. Y, oye, sentarme me siento, lo difícil llega cuando bajo la vista al libro.

Pasar las tardes en las salas de Arquitectura es como vivir una aventura. Pero debe ser una aventura que a la gente le gusta porque va gente de todas las carreras (tengamos en cuenta también que es la única facultad que abre sus salas para estudiar 24 horas). A mí no es que me apasione decir “¡Oh, hoy voy a «Arqui» (como decimos los alumnos) a estudiar! ¡Qué emocionante!”. Más bien es como un… “Ah, ¿qué hoy voy a «Arqui»? ¡Qué emoción…!”. Siempre he preferido ir a otras bibliotecas por una consecución de sucesos que suelen ocurrir cada vez que vas a Arquitectura a estudiar, los cuales son simples, pero son los siguientes: En caso de ir por la tarde debes ir pisando el acelerador del coche como si la vida te fuera en ello. Uno, porque si no, olvídate de aparcar –la historia se repite aquí también-; y dos, porque las aulas suelen estar llenas de gente. Es como si todos se pusieran de acuerdo, en manada, para ir a estudiar. Por otro lado, la parte más difícil es cuando vas por las noches. En caso de ir en horario nocturno ya puedes llevarte un termo de café de un litro bien caliente y una manta, pero no una manta cualquiera, sino una manta de verdad, de esas gruesas de franela. Es inevitable no tener frío en esas salas, lo cual sucedería en las bibliotecas de cualquier facultad si estuviesen abiertas también a las dos de la mañana. Todo por aquel microclima que antes comentaba. En resumen, que el tiempo no está a nuestro favor, ni el tiempo climatológico ni el tiempo cronológico a vísperas de exámenes.

Estoy pensándome seriamente el si ir a estudiar o ir a mi casa a descansar y ponerme a estudiar luego. Pero siendo sinceros y conociéndome, sé perfectamente que si me voy a mi casa y descanso lo que menos haré será ponerme a estudiar en casa, aunque deba. Al menos en la biblioteca me siento obligada a ello, todo sea dicho.

Y sin darme cuenta ya estaba de camino al coche. Renunciando al estudio por hoy. Y recuerdo lo que me dijo un amigo de lejos al alejarme de cafetería por unos instantes, ya casi cerca del aparcamiento:

-¡Oye! ¿A dónde crees que vas? Vamos a estudiar penal, que hay un caso interesante para resolver.

Y bueno, con mi espíritu de Sherlok Holmes, mi amor por lo que estudio, y porque encima hay un caso nuevo que dicen estar interesante, actúo como esas personas que van por la calle y de pronto se dan cuenta de que se han equivocado de dirección. Para que nadie más se percate de mi equivocación absurda, me paro en mitad de la calle, me toco los bolsillos ansiosamente, como si se me hubiesen olvidado las llaves, y me doy la vuelta, como si nadie supiese que en realidad ni llaves ni olvidos.